

Hoy escribe JAIME GUZMAN

Ante la muerte de un amigo

CONOCI a Claudio Orrego cuando quien luego sería nuestro común amigo, Jaime Celedón, me invitó a integrarme como participante estable del programa de canal 13 "A esta hora se improvisa". Era agosto de 1971.

Durante largos y tensos meses dominicalmente me correspondió hacer equipo junto a Claudio Orrego, en el memorable combate contra el Gobierno marxista de la época. Pero de ahí surgió algo mucho más hondo que una mera coincidencia política. Brotó una verdadera y profunda amistad.

Más tarde, nuestros caminos políticos se separaron. Diferencias ideológicas y de apreciación de nuestra realidad nacional nos colocaron en posiciones muy diversas frente al actual Gobierno. Pero el afecto y la amistad, que siempre sentí recíprocos, jamás sufrieron mella. Por el contrario, se evidenciaron más fuertes e inalterables.

Aunque nuestros encuentros personales se hicieron más esporádicos, ellos siempre me permitieron apreciar el signo enriquecedor de la discrepancia seria y razonada. Incluso, conservo los recortes de una polémica de prensa que sostuvimos hace

un par de años, como testimonio de con cuánto vigor se puede debatir en el campo de las ideas, de modo constructivo y sin herir indebidamente a las personas, siempre que se crea en el imperativo de la verdad y se prefieran el raciocinio y la lógica, en lugar de la diatriba o la artimaña dialéctica.

Y Claudio Orrego invitaba a ello con sus actitudes, porque en él concurría un excepcional conjunto de cualidades morales, humanas e intelectuales, en ese mismo orden de importancia.

EN efecto, aparte de sus virtudes cristianas en lo individual y familiar, Claudio poseía, además, y en grado sobresaliente, las dos cualidades morales más valiosas de quien actúa en la vida pública: su integridad y solidez al servicio de rectos principios éticos, y su entrega ge-



nerosa a ellos, sin ambición personal alguna.

En lo humano, sus condiciones se transmitían con una simpatía alegre y desbordante, incapaz de mezquindades, rencores o envidias, y avasalladora para comunicar su nobleza de alma, su lealtad de amigo y su hombría de bien.

En lo intelectual, sus ideas bullían con una curiosa mezcla de apasionada vehemencia en las formas, y de equilibrada moderación en su con-

tenido. Sus enfoques, a veces desordenados, atraían siempre —sin embargo— por su aporte original y creativo, donde su inteligencia fluía a raudales.

El impacto de su muerte me tiene consternado. Parece increíble que haya partido tan joven y tan abruptamente, cuando mucho tenía aún que entregarle a Chile. Porque aunque uno discrepe del acierto o realismo de algunos de los caminos que él proponía "para una paz estable entre los chilenos" —como tituló a uno de sus opúsculos— nadie podría desconocer que era un afanoso artesano en su sincera búsqueda guiada por un vivo patriotismo de raíces ancestrales.

NO obstante, y aún no repuesto del dolor de la triste noticia, intuyó que Dios lo fue preparando para esta llamada que nos parece prematura, a través de ese progresivo crecimiento interior y religioso que sus amigos pudimos apreciar en Claudio durante los últimos años.

Entretanto, acá nos quedamos con una nueva y brutal prueba de lo efímero que es nuestro peregrinar por esta existencia temporal. Pero al sentir que un gran amigo ha alcanzado la meta, después de "pelear el buen combate" —según lenguaje de San Pablo— nuestra sensación de ausencia pareciera llenarse con un rayo de la luz eterna que ya ilumina a Claudio Orrego, como el premio que Dios tiene preparado a sus servidores fieles.

“Claudio Orrego poseía las dos cualidades morales más valiosas para la vida pública: la integridad al servicio de rectos principios éticos, y la ausencia de toda ambición personal”...